



**ARQUEOLOGÍA CANARIA: PASADO Y PRESENTE.  
LA PRIORIDAD DE UNA ALTERNATIVA**

**JOSÉ JUAN JIMÉNEZ GONZÁLEZ**

Los estudios sobre la prehistoria de Canarias se remontan al último cuarto del siglo XIX. En esos momentos, los considerandos de la época y las corrientes científicas en boga hicieron bascular los trabajos hacia la antropología física, de la mano del evolucionismo como estrategia dominante. Sin duda alguna, los descubrimientos realizados en Francia, relativos al hombre de Cro-Magnon y sus similitudes morfológicas craneales con los especímenes canarios proyectaron el Archipiélago Canario al mundo científico europeo y universal. En este sentido, es muy importante señalar los trabajos precedentes de S. Berthelot y su etnografía comparada con las poblaciones bereberes del Norte de Africa.

Estos acontecimientos, destacados en el ámbito internacional, provocaron la llegada a las islas de eminentes antropólogos físicos, que tuvieron como misión fundamental la clasificación osteológica, el estudio de los restos humanos y su relación —en algunos casos— con la cultura insular.

Lógicamente, desde sus presupuestos estratégicos, las correlaciones tendieron a emparentar nuestras poblaciones con diferentes zonas extrainsulares. Quatreffages, Broca, Hamy, Verneau, Von Luschan, Hooton, Barras de Aragón, Fisher, Schwidetzky, Fusté y Garralda, entre otros, contribuyeron a forjar clasificaciones tipológicas craneales y postcraneales desde similares planteamientos teóricos y metodológicos.

Globalmente, los estudios raciológicos acabaron por determinar tres tipos humanos destacados:

- 1) Cromañoides
- 2) Mediterráneos
- 3) Mixtos



atendiendo a consideraciones físicas que resulta prolijo exponer aquí.

Del estudio de estos restos antropológicos, partiendo de estrategias evolucionistas, se concretó —a su vez— un panorama socio-cultural acorde a los modelos paleoantropológicos y a sus resultados. De un lado, una cultura arcaica y primigenia en su llegada a las islas, perteneciente a poblaciones emparentadas —en principio— con los cromañones europeos y, después, con el tipo Mechta-Afalou norteafricano. De otro, una cultura supuestamente más avanzada producto de llegadas posteriores, propia de mediterraneos del tipo Aïn Metterchen tunecino, vinculadas a grupos bereberes continentales.

Estas posiciones originaron varias teorías de poblamiento, contrastándose mediante diversas hipótesis algunas propuestas para posibles «arribadas» separadas en el tiempo y desde diferentes ámbitos geo-culturales. Entre ellas, un primigenio «Horizonte Pan-canario» (M. Tarradell) o una «Cultura de Sustrato» (L. Diego Cuscoy), al que superpondrían diversas oleadas posteriores, para cada una de las islas, de poblaciones bereberes procedentes del Norte de Africa.

En estos momentos, podemos considerar la asunción de una estrategia difusionista en los estudios realizados en las Islas Canarias. El difusionismo se combinó paulatinamente con el evolucionismo unilineal a niveles arqueológicos, mientras parámetros raciológicos determinaron la imbricación de la cultura a las «razas» de los componentes humanos.

Los trabajos de J. Pérez de Barradas en Las Palmas de Gran Canaria y su clasificación de los restos materiales depositados en el Museo Canario, constituyeron la primera catalogación descriptiva y tipológica, con una explicación difusionista de la cultura. La carga ideológica de ese momento histórico no deja de ser destacada y los problemas socio-culturales a resolver se inscribieron en la búsqueda del origen u orígenes de las antiguas poblaciones y de los centros, focos y «círculos» emisores.

Como consecuencia, esta primera edad de la arqueología canaria tuvo por objeto primordial, a otros niveles, el acopio de materiales con los que incrementar los fondos museísticos y el consiguiente interés por el estudio de los restos culturales *per se*: la tipología y su clasificación. En este sentido, resulta altamente significativa la inicial aplicación del concepto «fósil-director» a los diversos objetos y



utensilios prehispánicos (cerámica, óseo,...) que proporcionarían la base para afrontar trabajos eminentemente descriptivos y los elementos para establecer comparaciones y grados evolutivos.

A partir de este momento y, en ocasiones, coincidiendo con otros investigadores citados *ut supra*, el interés por la cultura insular entra en la óptica de estudio de diversos arqueólogos españoles y extranjeros, dada la carencia de profesionales en el archipiélago. La motivación parece obedecer al aparente interés y exotismo de los antiguos moradores e igualmente, al misterioso sentido del denominado «cajón de sastre» arqueológico, no catalogable en ninguna *facies* cultural conocida.

El amplio abanico de elementos culturales coincidentes, que superaban las mínimas reglas evolucionistas al uso y los problemas de difusión y comparación, dejaron patente la posibilidad de adjudicar a la cultura insular los más diversos parentescos cronoculturales y espaciales:

- Iberomauritano/Capsiense
- Cultura de las Cuevas marroquíes
- Neolítico Pleno
- Mundo insular mediterráneo
- Península Ibérica
- Megalítico europeo
- Bereberes norteafricanos,...

Se establecieron vinculaciones y afinidades aparentes partiendo de elementos aislados e individualizados, conformando conjuntos culturales producidos por un intento de proponer hipótesis de trabajo relativas al poblamiento y sus orígenes remotos, concernientes al hábitat, la cerámica, los enterramientos, lítico, óseo, grabados rupestres,... Podemos destacar en este sentido a:

- J. Martínez Santaolalla, J. Pérez de Barradas, M. Tarradell Mateu, L. Diego Cuscoy, S. Jiménez Sánchez,... con posicionamientos culturales y arqueológicos.
- F. E. Zeuner en la paleontología.
- D. J. Wölfel, G. Marcy y J. Alvarez Delgado, desde la lingüística y, además, este último, desde las fuentes Clásicas.
- B. Bonnet Reverón y E. Serra Ráfols con estudios historiográficos.

Más recientemente, en los años 70, tras la creación del Departamento de Arqueología de la Universidad de La Laguna, por M. Pellicer Catalán, diversos profesionales iniciaron la elaboración de cartas arqueológicas, excavaciones de campo y *corpus* de tipología. En este sentido, destacan los trabajos de M. Hernández Pérez, R. González Antón, D. Martín Socas, M. C. Jiménez Gómez, M. C. del Arco Aguilar, J. F. Navarro Mederos, B. Galván Santos y M. Arnay de la Rosa, entre otros, a los que merece sumarse, desde la Universidad Complutense, C. Martín de Guzmán; y A. Beltrán Martínez desde la Universidad de Zaragoza.

Del mismo modo, en el exterior, algunos investigadores extranjeros, desde una perspectiva comparada con el Norte de África, trataron directa o indirectamente el poblamiento de Canarias o las *facies* culturales extrainsulares, acotando o desestimando paralelismos. Son dignos de mención, los trabajos de G. Camps, L. Balout, H. Vallois, G. Souville, L. Galand, A. Gaudio, etc.

No obstante, aún contándose con avances importantes y destacados, estimamos que en estos momentos se hace preciso evaluar el alcance de dichos estudios, revisar las estrategias dominantes y considerar el ingente fondo documental existente (tanto bibliográfico como arqueológico), pues la prehistoria de Canarias reclama, tras algo más de un siglo de investigaciones un giro teórico y metodológico en la órbita de nuevas estrategias en el ámbito de la *Arqueología antropológica*, puestas en práctica con éxito a nivel internacional.

En este sentido, creemos preciso abandonar el «problema de los orígenes», como determinante en la investigación y con él, los posicionamientos difusionistas y evolucionistas unilineales, dado que su alcance no ha aportado resultados concluyentes a tenor de los criterios teóricos y metodológicos manejados, y a pesar del tiempo transcurrido.

Entendemos este nuevo enfoque adscrito a las corrientes que inciden sobre problemas de adaptación de la sociedad objeto de estudio, respecto al nuevo espacio ocupado y a la evolución interna que afectó a estas comunidades en nichos insulares reducidos, limitados y circunscritos, por su ubicación oceánica y su configuración geográfica; y, también respecto a la capacidad potencial en recursos alimentarios, la subsistencia y reproducción de la población y al consiguiente factor/es determinante/s del resto de las manifestaciones económicas, sociales y políticas. Todo ello en un





espectro cronológico aproximado de unos 2.000/2.500 años B.P., a tenor de las dataciones a que tenemos acceso en estos momentos.

Ello nos permitirá establecer, frente a posibles planteamientos rivales, un cuerpo de teorías que partiendo de una estrategia de investigación coherente, responda a un mayor número de variables causales con el menor coste de suposiciones independientes y no explicadas.

Este nuevo enfoque pretende, en síntesis, proponer y responder a nuevos problemas aportando hipótesis de trabajo contrastadas en relación a la documentación existente y a su potencialidad, tanto cuantitativa como cualitativa.

Asimismo, no descartaremos *a priori* todas aquellas fuentes y disciplinas que nos ayuden a configurar el cuerpo de datos preciso para la realización de un trabajo que entendemos *ad futurum* integrador y multidisciplinar.

La conjunción de estas fuentes y la participación de estudios de diferentes especialidades deberá aportar un análisis interpretativo de la sociedad indígena.

En este nivel de comprensión, nuestra propuesta no está reñida con la arqueología de campo, ni en su experiencia empírica ni en el positivismo de sus datos. Sería inaudito que como arqueólogo propusiera tamaña pretensión. La diferencia reside en cómo y para qué se exhuman los restos. Por ello exige que su registro esté en función de criterios teóricos relevantes (no a la inversa) y pasa —indefectiblemente por la definición de estrategias de investigación en estrecha consonancia con la antropología cultural, posibilitando la articulación de inferencias significativas. Esto distingue —a nuestro juicio— la arqueología científica de la enfermiza manía de sacar tierra y dejar los agujeros, vaciando los registros de la conducta humana.

Tampoco está en contradicción con todas aquellas materias y técnicas de campo, laboratorio o gabinete que sistematicen exhaustiva y rigurosamente los resultados de las excavaciones. Muy al contrario, incide en la perentoria necesidad de mejorar su disponibilidad, de cara a una mayor profundidad del análisis e interpretación consiguientes en el ámbito de la cultura, sirviendo a estos intereses.

Afrontar nuevas perspectivas referentes a la interpretación de las culturas insulares, más allá de la simple enumeración de inten-



ciones o disciplinas, lleva a evaluar —siquiera someramente— las aportaciones que nos han precedido. Esto implica la aceptación ineludible del concurso dialéctico como instrumento lícito entre los investigadores. O si se prefiere, la crítica científica no debe estar reñida con la cordialidad.

De todos es conocida la práctica inexistencia, en los últimos veinte años, de un debate teórico-metodológico en la arqueología canaria y que la fluidez del discurso se vio ralentizada o paradójicamente interrumpida, incluso frente a momentos anteriores. Por este motivo las reiteraciones fueron mayores que las innovaciones, salvando la aparición de datos esporádicos o de loables aportaciones individuales.

Con todos estos antecedentes no es extraño que la investigación arqueológica en las Islas Canarias constituya un tubo de ensayo en el que se han experimentado, con más o menos fortuna, diversas propuestas teóricas y metodológicas en la esperanza de dar respuesta a numerosos interrogantes. Pero, no sólo las viejas preguntas (quiénes, cuándo, cómo por qué,...) continúan sin respuesta, sino que los nuevos planteamientos nacidos de la reflexión individual parecen conformar una alternativa viable, siempre y cuando varíemos el rumbo a una herencia epistemológica irresoluble amparada en presupuestos estratégicos infecundos.

Por todo ello, consideramos que sólo desde la crítica constructiva y, por qué no, desde la polémica, debemos afrontar la perspectiva de una arqueología canaria renovada que alcance el panorama global del Archipiélago Canario, en lo que se refiere al carácter de las diversas corrientes del ámbito arqueológico, más allá de sus claras connotaciones de «pico y pala»; y de que los «repertorios materiales» precisen aclaraciones puntuales, en cuanto a los criterios mantenidos en la *petite histoire* de las recientes investigaciones.

*Grosso modo*, podemos considerar nuestra arqueología como atemporal, no-secuencial, poco sistemática, erudita, producto —mayormente— del coleccionismo y de un *síndrome de anticuarista* que prefirió rebosar los museos que aportar explicaciones. A partir de los años 70 del presente siglo, esta arqueología centenaria, amparada en tendencias decimonónicas y huérfana de principios teóricos sólidos y actualizados, pareció afrontar el despegue de las costumbres obsoletas. Contando sus logros iniciales, basados en excavaciones más «suculentas» y trabajos de campo más rigurosos, al ser hija de tradiciones tecno-culturales en boga, cargó con el lastre episte-

mológico de un *empirismo reduccionista* en el que los datos sólo podían hablar *de sí mismos*. Todo ello contribuyó a embarrancarla en lo que L. R. Binford apostilló *callejón sin salida metodológico*, esbozado de forma crítica por algunos autores.

Pero esta crítica iba más allá de una disconformidad con las técnicas de campo. Proponía que los criterios tradicionales estaban en crisis, siendo su síntoma principal el sostenimiento de corrientes totalmente superadas en otros ámbitos: el difusionismo y el evolucionismo unilineal, aderezadas de raciología.

El núcleo de la discrepancia, surgida de «malentendidos» posteriores se amplificó a una dualidad aparentemente irreconciliable: de una parte, los arqueólogos de tradición taxonómica, preocupados por el descriptivismo y la tipología; de otra, quienes comenzaban a buscar una salida mediante la germinal aplicación de la antropología cultural a la disciplina, paralela a una necesidad de reflexión. Viejo y arduo debate que en los Estados Unidos, en los años 60/70, dio lugar a lo que se convino denominar «nueva arqueología».

En Canarias, mil novecientos ochenta y seis no fue un año idóneo para los partidarios de un debate crítico. De un lado, las sesiones del *VII Coloquio de Historia Canario-Americana* ofrecieron una euforia renovadora que se vería rebajada en el *Congreso de la Cultura Canaria*, celebrado posteriormente en Lanzarote. Lejos de alcanzar una posición conciliadora entre las diversas opciones, manifestó la readaptación más tecnificada para algunos de los primeros (aparentes partidarios de «ciencia en arqueología») y la búsqueda de explicaciones a través de una arqueología antropológica, para algunos de estos últimos. Una tercera vía polémica llegó de la mano de la prolífica dialéctica del Profesor Martín de Guzmán, interesado en un «paroxismo epistemológico» de corte aún incierto. No obstante, un sector marcadamente conservador insistió en propuestas tipológicas y raciológicas trasnochadas, a pesar de su evidente inviabilidad.

Alejada la diatriba disciplinaria, la opción con menor riesgo de confluir en «lo personal» ha hecho bascular las tendencias hacia un *laissez faire, laissez passer*. Pero la misma arqueología española, varada en arcaicos principios arqueográficos de corte centro-europeo ha comenzado a desaletargarse; prueba evidente es el *revival* americanista en *Revista de Occidnete* (1988).





En esta crisis recurrente, hoy la mayor «herejía» parece radicar en la prioridad de definir auténticas estrategias, más allá de la euforia antedicha y corriendo el riesgo del *martillo refractario*.

Este hecho ha puesto de manifiesto algunas apreciaciones, respecto al barniz novedoso con que se ha recubierto el actual discurso, allí donde es posible.

La simple sofisticación «técnico-teodolítica» o cibernética, no constituye innovación certera, si los propios datos y su tratamiento continúan situándose en el marco de la tradición heredada tanto se trate de restos materiales como de retazos incompletos de información escrita. Arcaicos enfoques *versus* nuevos problemas.

Resulta obvio, además, el rechazo a cualquier premisa relativa a la supuesta escasez o parquedad de textos, contextos o carencias de cronologías añejas (de estirpe megalítica o cicládica); y, por ende, evidentes los cuantiosos vericuetos a que conduce el *horror vacui* tipológico. En este sentido, creemos que debiera importar poco, por ejemplo, si se encuentra o no inmerso en la psicosis de la cronología absoluta entendida como prioridad vinculante en la investigación; sobre todo cuando ha mostrado su utilidad relativizando aún más lo indescifrado y augurando una clara dislocación crono-espacial que el «trauma de los orígenes» propició en su momento: comparatismo futil *versus* analogía mecánica.

El cómputo equilibrista del «más-menos» y sus oscilaciones de más de 100 años (en algunos casos), nos hablará —a lo sumo— del acta de defunción de un *Pinus canariensis* pues, sin la suficiente contrastación, todo lo más que obtendremos es la fecha de su derribo certificada por la química. En este caso, la datación de la cultura extinta deberá realizarse además, por otros medios igualmente fiables, si tenemos en cuenta la corrupción de las muestras o su exacto contexto, la reutilización de los yacimientos y las condiciones que en el pasado acompañaron a su «excavación».

La visión presentista respecto al pasado, a la cultura objeto de estudio y a su espacio, nos ha llevado desde el encorsetado posicionamiento respecto al medio, hasta una «visión ecológica» (¿?) —ingenuo trasiego de la Antropología Ecológica— basada en describir potencialidades de *gourmet* de corto alcance, auténtico e ingenuo listado de oportunidades alimentarias digno de una rebaja de productos susceptibles de consumo. Todo lo más cuando la mayor parte deben ser objeto de recolección, sin contemplar la lógica ley del costo/benéfico. Así, los antiguos habitantes estarían capacitados

para engullir cuanto de potencial existió en los diferentes ambientes y microambientes; visión un tanto empalagosa de la dieta indígena, pues ni todo lo comestible debió ser ingerido, ni todo lo nutritivo estuvo disponible en la «carta» de ese supuesto *menú de espectro amplio*. Muy al contrario, en el caso que nos ocupa, no es sintomático de riqueza dietética sino de una palpable frugalidad, dado que el modelo planteado no es homologable a la conocida «opulencia primitiva» de otros ámbitos socioculturales.

El aborigen pertenece a *otro tiempo*, a otros muchos tiempos, y éste ya no es *su espacio*; variables que en un ecosistema insular, reducido, limitado y circunscrito, deben ser objeto de nuestra atención, respecto a las bases infraestructurales propias de la sociedad que estudiamos. De ahí que, tanto la «felicidad» primitiva roussoniana, como la penuria absoluta, contabilizando el *grano al gramo*, deban ser seriamente contrastadas *desde dentro* en la óptica del pasado, no en el contexto ideologizado —de uno u otro— que caracteriza los análisis *desde el presente* etnocéntrico.

En este sentido, podemos anotar algunas de las versiones más frecuentes. Una de las más claras pretensiones de ciencia a que estamos acostumbrados consiste en considerar un ensayo como «prehistórico» por el solo hecho de aportar una tipología con parámetros actuales. Aún siendo conscientes de que tales restos pertenecen al pasado, lo único que se realiza con ellos es un estudio contemporáneo. Mientras no liguemos este material con las condiciones que le dieron lugar es lógico insistir en que sólo habremos asistido a la descripción de un fenómeno actual, contemporáneo. El problema se acrecienta cuando se pretende encajarlo en esquemas tipológicos preconcebidos *hoy* (sobre los que desgraciadamente no parece haber acuerdo tácito) ignorándose otros muchos problemas en el seno de la comunidad prehistórica. ¿Cómo aceptar la convergencia cultural y la adaptación permaneciendo atados al compromiso del *fósil-director*, el *item* de nuestras clasificaciones unidireccionales? Paralela a esta concepción, se estima que una forma de lograr mejor apoyo a nuestras «interpretaciones» es a través de las evidencias registrables, obteniendo *todos* los datos al excavar «superficies de ocupación» (la denominada excavación horizontal) o, en el peor de los casos, volviendo a reivindicar la utilización de «testigos». Pero, los datos no hablarán por sí mismos, a menos que realicemos las preguntas adecuadas. Por otro lado, no será lícito establecer explicaciones plausibles de culturas y períodos a partir de excavaciones





limitadas a un sólo emplazamiento, como viene siendo común entre los más «afortunados».

Además, el recurso a la analogía etnográfica *versus* cross-cultural, ha tendido a «cubrir con carne» el vacío del registro arqueológico o etnohistórico. Este procedimiento, sin la necesaria cutela, niega formas de adaptación cultural fuera del rango de la variación etnográfica conocida (bereber-continental, mediterráneo-insular,...) y colabora en la atemporalidad de los fenómenos que se pretenden interpretar. Por otra parte, aisladamente, impide el desarrollo de planteamientos adaptativos o divergentes a nivel cultural, lo que normalmente en Canarias no se ha tenido en cuenta. Tenemos serias dudas de que la perspectiva crosscultural haya sido aplicada en su justo alcance entre nosotros.

¿Y el futuro? La Arqueología de los 90, ¿será la hija desheredada que cargará con las «últimas urgencias» y la rémora de interpretar restos parciales y aleatorios, a tenor de los criterios que los exhumaron o habremos de emigrar en busca de nuevos huecos que abrirle a las entrañas del pasado?

El reto de hoy está en la definición de estrategias, pues nuestra Arqueología, como disciplina, ni tan siquiera ha regresado de la inducción estrecha con disfraz de método científico, más allá del recurso a la autoridad, la disciplina partidaria, académica, los gustos personales o los argumentos sociologizantes. ¿Cómo lo entenderán quienes opinan que la filosofía de la ciencia no les compete? ¿Cómo los eruditos aficionados y clandestinos?

Finalmente, las diversas propuestas no deberán entenderse como excluyentes de sino alternativas y paralelas a un análisis crítico entre las distintas opciones; frente al mito historicista rebosante de tópicos dantescos, donde el etnocentrismo de cronicón se alinea *a posteriori* con la ilustre ensoñación por los blasones; el eclecticismo, el idealismo cultural u otras formas de oscurantismo, hasta ahora factores destacados en el discurrir de Canarias y sus antiguos habitantes. A ellos, desde otra perspectiva, deberemos acercarnos.



## BIBLIOGRAFÍA

- ARCO AGUILAR, M. C. del (1976): «El enterramiento Canario Prehispánico.» *Anuario de Estudios Atlánticos*. Núm. 22, Madrid-Las Palmas. Ed. Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 13-124.
- y otros (1981): «Nuevas fechas de C-14 en la Prehistoria de Gran Canaria, *El Museo Canario*, XXXVIII-XL Las Palmas de Gran Canaria, pp. 73-78.
- BALOUT, Lionel (1971): «Canarias y Africa en los tiempos prehistóricos y Protohistóricos.» *Anuario de Estudios Atlánticos*, Núm. 17. Madrid-Las Palmas, Ed. Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 95-102.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1971): *Los grabados rupestres del Barranco de Balos (Gran Canaria)*. El Museo Canario, Patronato J. M. Quadrado del C.S.I.C. Las Palmas.
- BERTHELOT, S.; BARKER-WEBB, P. (1977): *Etnografía y Anales de la Conquista de las Islas Canarias*. Ediciones El Museo Canario. Las Palmas. (1978) Goya Ed. S/C de Tfe.
- BINFORD, L. R. (1972): *An Archaeological Perspective*. Seminar Press Chicago.
- BONNET Y REVERON, B. (1930): «Los primitivos habitantes de Canarias». *Revista de Historia*, T. IV, La Laguna, pp. 24-29 (Abril-Junio, 1930); pp. 1-3 (Julio-Sept. 1930).
- CAMPS, G. (1980): *Berberes: Aux marges de l'Histoire*. Collection Archeologique. Horizons Neufs. Toulouse.
- CHIL Y NARANJO, G. (1876): *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*, T. I. Las Palmas de Gran Canaria.
- (1891): *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*, T. II. Las Palmas de Gran Canaria.
- DIEGO CUSCOY, L. (1968): *Los Guanches. Vida y Cultura del primitivo habitante de Tenerife*. Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife.

- (1971): *Gánigo. Estudio de la cerámica de Tenerife*. Publicaciones del Museo Arqueológico de Tenerife.
- GALVÁN SANTOS, B. (1979): «Breve ensayo de sistematización tipológica de la industria ósea de los aborígenes Canarios» *XV Congreso Nacional de Arqueología, Lugo 1977*, Zaragoza, pp. 337-346.
- (1980): «El trabajo del junco y la palma entre los canarios prehistóricos» *Revista de Historia*, T. XXXVII, Universidad de La Laguna, pp. 43-81.
- GÁNDARA VÁZQUEZ, M. (1982): «La Vieja “nueva arqueología”». *Teorías, Métodos y Técnicas en Arqueología*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México pp. 59-159.
- GARCÍA MORALES, M. (1989): *El bosque de laurisilva en la economía guanche*. ACT/Museo Arqueológico. Cabildo de Tenerife.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R. (1980): *Tipología de la cerámica de Gran Canaria*. Aula de Cultura de Tenerife, Núm. 16.
- y TEJERA GASPAS, A. (1981): *Los aborígenes canarios. Gran Canaria y Tenerife*. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna. Colección Minor, núm. 1.
- (1986): «Interpretación histórico-cultural de la arqueología del archipiélago Canario.» *Anuario de Estudios Atlánticos*, Núm. 32, Madrid-Las Palmas, Ed. Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 683-697.
- HARRIS, M. (1981): *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Ed. Siglo XXI, Madrid.
- (1982): *El materialismo cultural*. Alianza Editorial, Madrid.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (1977): *La Palma Prehispánica*. El Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria.
- (1982): «Excavaciones arqueológicas en Gran Canaria: Guayaque, Tejeda y Arguineguín». *IV Coloquio de Historia Canario-Americana*, 1980. Ed. Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 577-598.
- HODDER, I. (1988): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Ed. Crítica, Barcelona.
- HOOTON, E. A. (1925): *The ancient inhabitants of the Canary island*, Harvard African Studies, VII.
- JIMÉNEZ GÓMEZ, M. C. (1981): «Aspectos generales de la Prehistoria de Gran Canaria». *El Museo Canario*, XXXVIII-XL, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 57-72.
- JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J. J. (1986): «La Etnohistoria, una nueva perspectiva de investigación: el Modelo de Gran Canaria». *VII Coloquio de Historia Canario-Americana*, 1986. Ed. Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 323-335.



- (1988): «Canaria: redistribución, jerarquía y poder. (Bases estratégicas de la prehistoria insular). *El Museo Canario*, XLVII, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 127-149.
- (1989): «La Arqueología Canaria: un tubo de ensayo», *Boletín de Historia de la Antropología*, Núm. 2, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, pp. 22-28.
- (1990): *Los Canarios. Etnohistoria y Arqueología*. ACT/Museo Arqueológico. Cabildo de Tenerife.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, S. (1945): «La Prehistoria de Gran Canaria.» *Revista de Historia*. Núm. 70 (Separata, pp. 1-8).
- (1963): *Síntesis de la Prehistoria de Gran Canaria*. Imprenta España, Las Palmas de Gran Canaria.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C. (1977): «Bases objetivas para el estudio de la Arqueología Prehistórica de las Islas Canarias», *Historia General de las Islas Canarias*, T. III, EDIRCA, Las Palmas de G. C. pp. 11-30.
- (1978): «Dataciones C-14 para la Prehistoria de las Islas Canarias.» *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*. Reunión 1978. Serie Universitaria, 77. Fundación Juan March, Madrid, pp. 145-150.
- (1984): «Nociones epistemológicas y arqueología prehistórica.» *Primera Jornada de Metodología de Investigación Prehistórica. Soria 1981*. Ministerio de Cultura. Subdirección General de Arqueología y Etnografía, Madrid, pp. 35-64.
- (1986): «La Arqueología Canaria: Una propuesta metodológica.» *Anuario de Estudios Atlánticos*, Núm. 32, Madrid-Las Palmas, Ed. Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 575-682.
- (1988a): «Arqueología Canaria y Epistemología». *Revista de Historia*. T. XXXVIII. La Laguna, pp. 555-586.
- (1988b): «Arqueología y Paradigma: tendencias y resistencias». *Revista de Occidente*, Núm. 81, Madrid, pp. 27-46.
- MARTÍN SOCAS, D. (1980): «Aproximación a la economía de Gran Canaria en época prehistórica.» *III Coloquio de Historia Canario-Americana 1978*, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, pp. 87-111.
- MOBERG, C. A. (1987): *Introducción a la arqueología*. Ed. Cátedra, Madrid.
- NAVARRO MEDEROS, J. F. (1978): «Evolución y desarrollo de las últimas investigaciones arqueológicas en Gran Canaria.» *Aguayro*, Núm. 98, Ed. Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria, pp. 17-21.



- PELLICER, M. (1969): «Panoramas y perspectivas de la arqueología Canaria.» *Revista de Historia*, T. XXXII, La Laguna, pp. 291-302.
- (1973): «Elementos culturales de la Prehistoria Canaria (Ensayo sobre los orígenes y cronologías de las culturas)». *Revista de Historia*. T. XXXIV, La Laguna, pp. 47-72.
- RENFREW, C. (1975): *Before Civilization. The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe*. Jonathan Cape. Thirty Bedford Square, London.
- SAHLINS, M. D. (1982): *Uso y abuso de la biología. Una crítica antropológica de la sociobiología*. Ed. Siglo XXI, Madrid.
- SCHLUETER CABALLERO, R. (1981): «Necrópolis de Arteara». *El Museo Canario*, XXXVIII-XL, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 101-106.
- SEMENOV, S. A. (1981): *Tecnología Prehistórica (Estudio de las herramientas y objetos antiguos a través de las huellas de uso)*. Ed. Akal, Madrid.
- SERRA RAFOLS, E. (1935): «Las crónicas de la conquista de la Gran Canaria. Sobre sus relaciones de dependencia». *El Museo Canario*, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 24-37.
- (1945): «La Arqueología Canaria en 1944». *Revista de Historia*, T. XI, La Laguna, pp. 194-201.
- SOLER, V. y otros (1987): «Sobre la aplicabilidad de técnicas arqueomagnéticas a materiales cerámicos canarios: primeros resultados». *XVIII Congreso Nacional de Arqueología, Canarias 1985*. Zaragoza, pp. 67-80.
- TEJERA GASPAR, A.; GONZÁLEZ ANTÓN, R. (1987): *Las culturas aborígenes canarias*. Ed. Interinsular Canaria, S/C de Tenerife.
- WATSON, P. J.; LEBLANC, S. A.; REDMAN, Ch. L. (1981): *El Método científico en Arqueología*. Ed. Alianza Editorial, Madrid.
- WÖLFEL, D. J. (1965): *Monumenta Linguae Canariae. Die Kanaris Sprachdenkmäler*. Akademische Durck-u Verlagsanstalt. Graz-Austria.
- ZEUNER, F. E. (1959): «Some Domesticated Animals from the Prehistoric Site of Guayadeque, Gran Canaria». *El Museo Canario*, Núm. 65-72, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 32-40.

